



AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

GACETA MUNICIPAL



BELENES BARCELONESES

Grupo atribuido al Taller de Ramón Amadeu

(Colección particular)

Año XLI

Suplemento n.º 15

Diciembre de 1954



GACETA MUNICIPAL

Año XLI

Barcelona-Diciembre de 1954

Suplemento n.º 15

La correspondencia se dirigirá al Ilustrísimo señor Secretario general del Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona

LAS NAVIDADES DEL REY JAIME I

por AGUSTÍN DURÁN Y SANPERE

Las Navidades, tema propicio a muchas y altas consideraciones, parecen no prestarse, por lo mismo, a cuanto signifique acción humana trascendente. Son días de sosiego, remanso de paz en el remolino de la vida cotidiana. Por esto, querer historiar las fiestas navideñas, buscar su matiz diferencial a través del tiempo para fijar su imagen sucesiva, es empresa sutil y quebradiza.

La liturgia del templo y la del hogar son constantes: las campanas al aire, el alborozo de los niños, la solemnidad religiosa, el hogar hospitalario, la noche radiante y sonora de canciones sencillas, el afán de bondad que invade las almas, son otros tantos elementos que forman la emoción de estos días, no su historia. Las crónicas se cierran y dejan de registrar lances y episodios cuando se anuncia Navidad. Y sin embargo, de tarde en tarde, la tregua de Navidad se quiebra y aparece la faz sombría de unas Navidades apesadumbradas que dejan estela tenebrosa. Otras veces son hechos singulares que se lanzan a la realidad con tal empuje que aún son capaces de romper el dique sagrado de las Navidades. Navidades excepcionales cuyo recuerdo puede dar lugar a narraciones de remembranza en la intimidad familiar de estos días que todo lo suavizan, porque, sobre todas las cosas y sobre nosotros mismos, se extiende la paz de los grandes augurios.

Intentemos recordar las Navidades que el rey Jaime I celebró en Barcelona.

Casi sesenta años duró el reinado de don Jaime, a quien la Historia conoce con el dictado de *Conquistador*. Durante tan dilatado tiempo recorrió el rey incesantemente las tierras heredadas, las que él mismo, a fuerza de armas, añadió a su gobierno, y algunas que correspondían a otros soberanos, sus parientes.

Podemos ofrecer constancia de la presencia de don Jaime en Barcelona en diez distintas Navidades, muy joven todavía la primera y al final de su reinado la última. No todas ellas imprimieron huella histórica de igual profundidad. Algunas, tal vez las más felices, debieron transcurrir en la intimidad de la Corte



El rey, el obispo y principales caballeros de la hueste. — (Pintura del siglo XIII descubierta en una pared del antiguo Palacio Real Mayor de Barcelona, ahora en el Museo Municipal de Historia de la ciudad.)

o de la familia, sin que dejaran traslucir ningún acto que mereciese honores de cronista. Hubo otras, en cambio, singularmente memorables.

Las primeras Pascuas de Navidad que don Jaime pasó en Barcelona corresponden al año 1218, cuando el rey contaba apenas diez años. Las crónicas y los documentos de la época han dejado sumida esta efemérides en una densa penumbra, en medio de la cual se hace difícil precisar figuras y actitudes. Aquel año, el día 10 de agosto, según viejas tradiciones, ha-

bía sido fundada en Barcelona la Orden Mercedaria de redención de cautivos, como efecto inmediato de la portentosa aparición de la Virgen al rey, a San Ramón de Penyafort, su confesor, y a San Pedro Nolasco.

En alguna crónica, no siempre veraz en absoluto, se refiere que muy avanzado el mes de diciembre de aquel año, en vísperas ya de las Navidades, el rey había otorgado desde Barcelona un privilegio a San Pedro Nolasco, privilegio que consistía en que pudiera fundar un convento de la Nueva Orden en cualquier parte del reino.

Diez años más tarde pasó el rey las Navidades en Barcelona, dedicado, esta vez, no a funciones religiosas, sino a la organización de campañas militares. Tratábase de una de las empresas más sonadas del reinado: la conquista de Mallorca.

El día 21 de diciembre del año 1228 había celebrado ya el rey Cortes Generales, en su palacio de Barcelona, para tomar consejo sobre el atrevido proyecto. Allí estuvieron el Arzobispo de Tarragona y los Obispos de Barcelona, Vich y Gerona, además de lo mejor de la nobleza: los Montcada, Empurias, Alemany, Mataplana, Cervelló, Bearn, Pinós y Rocaberti. Al solo enunciado de tan lucida serie de nombres, parece que tomen vida aquellas pinturas murales descubiertas en el Palacio Real de Barcelona, en las cuales aparece una cohorte militar en marcha: primero los caballeros, luego los infantes, revestidos unos y otros de armas con los escudos de aquellos

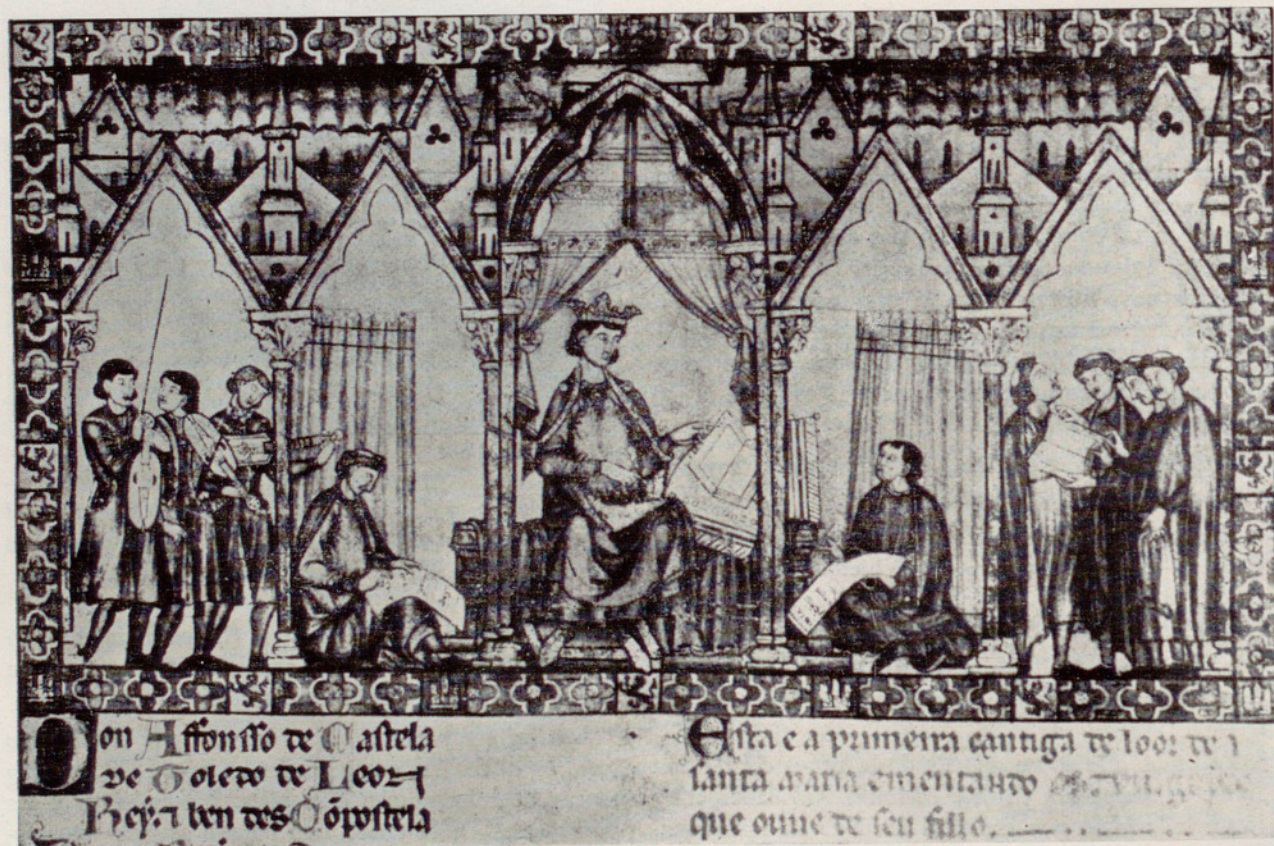
linajes, y en pos de banderas y estandartes que también los llevan.

Dos días después quedó acordada en forma definitiva la expedición a Mallorca y demás islas Baleares para el mes de mayo próximo, y se determinaron la remuneración que procedía dar a los que participaban en ella y la forma en que debería hacerse el reparto de las tierras conquistadas. El Obispo de Barcelona prometió acudir con cien caballeros; don Nuño Sanz, con otros cien; el conde de Ampurias, con setenta; Hugo de Mataplana y Guillermo de Pinós, con cincuenta.

La perspectiva del reparto debió turbar la paz que las fiestas de Navidad hubieran requerido en el Palacio Real y en los albergues de tantos nobles inscritos. El último día del año todavía se firman documentos reales concediendo tierras y derechos y, entre ellos, la cesión a la Sede bercelonesa del gobierno eclesiástico de las islas.

Varias son las Navidades que el rey don Jaime celebró acompañado de su yerno, el rey don Alfonso el Sabio de Castilla. Por ejemplo, las del año 1268 en Toledo. Allí estaba el infante don Sancho, hijo de don Jaime, ya entonces arzobispo, preparado a cantar su misa nueva. Jaime I fué a Toledo para asistir al acto. Alfonso X salió, camino adelante, a recibir a su suegro y ambos entraron solemnemente en la Catedral. Aquellas fueron unas navidades litúrgicas.

Al año siguiente ambos reyes se hallaban en Ta-



El rey de Castilla don Alfonso el Sabio, dicta sus cántigas en loor de Santa María. — (Miniatura del precioso manuscrito existente en la Biblioteca del Escorial. Siglo XIII.)

ragona, por los días de la Navidad. Y fué en esta ocasión cuando don Jaime dió a su yerno los memorables consejos de buen gobierno que dejó consignados en su "Crónica" como recuerdo de aquellas Navidades *políticas*. Le decía don Jaime a su yerno, el rey *Sabio*, de Castilla, que meditase bien antes de prometer alguna cosa, porque una vez prometida no podía sino hacer honor a su palabra; que mantuviese asimismo las concesiones hechas; que se esmerara en guardar a sus gentes de buen grado y fielmente; que si no podía guardarles a todos, se asegurara al menos a los eclesiásticos y a las ciudades, nunca tan fácilmente alborotados contra el rey como son los caballeros. Y aun le recomendaba, como rey de más larga experiencia, que no ejerciese justicia solapadamente, sino con toda publicidad.

La última vez que las Pascuas de Navidad sorprenden al rey don Jaime en Barcelona es en 1274. De nuevo está junto a don Jaime el rey *Sabio*, de Castilla. Ahora viene con él su esposa, doña Violante, la hija del Conquistador. El rey *Sabio* vuelve a refugiarse en la experiencia y prestigio de su suegro. En la quietud de una estancia del Palacio Real, situada probablemente, como las demás, en su parte más alta, acaso con vistas al mar, como gustaron tenerlas los sucesivos ocupantes del palacio, ambos reyes platican de negocios trascendentales. Llevaba el castellano henchido el pecho con sus viejas pretensiones a la corona imperial de Alemania. Deseaba ahora visitar al Papa. Por esto había salido de su reino y tenía ya mucho camino andado. Tenía también so-

ñados muchos y altos anhelos. El sueño del Imperio le había sido especialmente grato.

Hablóle el rey *Sabio* al rey Conquistador de sus sagrados derechos a la corona imperial, y de la inminencia de verlos reconocidos por todos después que la muerte de su contrincante, Ricardo de Cornwall, le había dejado libre el camino; le habló de las cuantiosas sumas que aquel pleito le costaba y de las adhesiones de príncipes y de ciudades; de las probabilidades de sumar también la voluntad de potentes repúblicas italianas. Le habló, por fin, de su propósito de presentarse ante el papa Gregorio X, residente entonces en Baucaire, de Francia, para impetrar su protección decisiva en la cuestión del Imperio. Preguntóle el rey de Castilla a su suegro el rey de Aragón cuál era su parecer acerca del proyectado viaje, y la respuesta que obtuvo fué concisa, clara y tajante: "*que per nulla res ell no hi anàs*": que por nada del mundo lo intentase.

Así terminaron esas Navidades *diplomáticas*. El monarca de Castilla no supo aprovechar la visión realista de los hechos que encerraba el consejo del rey Conquistador. Fué a ver al Papa y tuvo que regresar a sus tierras apresuradamente, agobiado con la pesadumbre de su fracaso y llamado para acudir urgentemente a combatir las insurrecciones levantadas durante su ausencia.

El rey don Jaime no celebraría otras Navidades en su palacio de Barcelona, y fueron aquéllas sus penúltimas Navidades. La muerte, que ya le rondaba, no le otorgó más que una corta prórroga de vida.



Ballesteros y lanceros de la hueste, en marcha. — (Pintura del siglo XIII descubierta en una pared del antiguo Palacio Real Mayor de Barcelona.)

NAVIDAD EN BARCELONA

por

FERNANDO
BARANGÓ-SOLÍS

OTRA vez Navidad. Nuevamente el bullicio y la alegría en los hogares y en la calle. Barcelona ha celebrado una vez más, con una brillantez y un esplendor inusitados, esta fiesta popular, la más tradicional de todas las fiestas, la que no ha perdido un ápice de su enorme fuerza evocadora a pesar de la ola de civilización que está ahogando, entre el fulgor de los anuncios luminosos y las estridencias de los "jazz-bands", lo que queda en nuestras costumbres de típico y patriarcal. La Ciudad entera se ha envuelto en el manto de romanticismo de estos días conmemorativos del más grande acontecimiento de los siglos, y los barceloneses hemos vivido unas horas de paz y de tranquilidad haciendo un alto en el camino del áspero vivir cotidiano. ¡Otra vez Navidad!

El monumento de literatura que se ha edificado sobre esta fiesta sublime y augusta se está viniendo rápidamente abajo. Cuanto se ha escrito acerca de la poesía que encierra la Navidad, con todo su sabor clásico y sentimental, se va borrando poco a poco. El modernismo se adueña de las inteligencias e invade los corazones y los espíritus; y ya no es en las viejas mansiones montañosas conmovidas por los cánticos místicos, ni en la nieve que envuelve la tierra con su blanco sudario, ni en el susurro del viento adormecido en las oquedades de los montes, donde hay que buscar el motivo poético de esta festividad, sino en el ruido y movimiento de las grandes ciudades, en la animación de los salones radiantes de luz, en las manifestaciones de regocijo de las muchedumbres...

Así, la nota característica de la Navidad barcelonesa ha sido este año tam-



La feria de juguetes en la Avenida de José Antonio Primo de Rivera inició la etapa más jubilosa del año para los niños.



Los industriales y comerciantes barceloneses han rivalizado en los días navideños en la presentación de sus escaparates.

bién, acaso con mayor intensidad aún que en los anteriores, una estrepitosa exteriorización de alegría, a la vez que de gratitud al Todopoderoso, por la paz y el bienestar que nos es permitido gozar en medio del cúmulo de temores y de inquietudes que se cierne sobre la humanidad. Adornada con sus mejores galas, Barcelona ha ofrecido una vez más el aspecto deslumbrador de su belleza y de su grandiosidad. Las típicas ferias de belenes en la plaza de la Catedral, de pavos en la Rambla de Cataluña y de juguetes en la Avenida de José Antonio; las vistosas ornamentaciones de las calles de Pelayo, de Petritxol y de la Boquería; las iluminaciones extraordinarias de los edificios públicos y de los lugares céntricos de la Ciudad, y el buen gusto demostrado por nuestros comerciantes que han rivalizado en la presentación de escaparates, han sido las notas más destacadas de esta festividad en las calles barcelonesas.

Y aunque las risas familiares alrededor de la mesa bien servida hayan resonado posiblemente más en los lujosos comedores de los grandes hoteles que en la quieta intimidad de los hogares, y las notas gangosas y dengues de los mambos y sambas hayan vibrado en el espacio confundidas con las nobles y dulces melodías de los villancicos y la gente haya patentizado su alegría ruidosamente, en una zarabanda de clamores y de estruendo, Barcelona no ha dejado de mostrar en esta ocasión, como en tantas otras, su elevada categoría espiritual, llenando los templos para adorar al Niño Dios y perseverando así en el camino de perfección que le señalan quienes rigen sus destinos. La gran urbe sabe conservar su espíritu tradicional, que es su mejor ejecutoria.



La costumbre establecida en las más importantes capitales del mundo de obsequiar a los guardias de tráfico ha arraigado en Barcelona.



En la tradicional feria de pavos de la Rambla de Cataluña, se realizaron más transacciones que en años anteriores.



La calle de Pelayo, magníficamente iluminada por los comerciantes establecidos en ella, fué una de las vías más concurridas de la ciudad.

ANECDOTARIO BARCELONÉS

FIESTAS NAVIDEÑAS

por MANUEL RIBÉ

BARCELONA celebra desde hace siglos la festividad de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, con pompa, solemnidad y unción, en la Catedral y en todos los templos. La fiesta popular tiene también sus encantos. Generalmente la temperatura muéstrase propicia a la tradicional conmemoración, que cada año resulta más atrayente, y a la contemplación de las confiterías con sus turronecillos y barquillos, que dan tono y carácter a la Ciudad y acrecientan las ilusiones de chicos y grandes.

Las fiestas navideñas comienzan el 8 de diciembre, culminan el 24 y duran hasta el 2 de febrero, festividad de la Purificación de Nuestra Señora. A través de este período se observa un especial influjo en las costumbres familiares y en todas las demás, en general, con destacado relieve del Año Nuevo y de los Santos Reyes.

Realza la solemnidad de la fiesta de la Purísima la Real Archicofradía de la Inmaculada Concepción, autorizada el año 1233 por el rey Pedro IV de Aragón. Contemplar la nueva imagen y el aspecto total del retablo es un verdadero deleite espiritual y constituye como una lección que Dios ofrece para que sea aprendida y nunca la olvidemos.

La imagen venerada hasta 1847 en un altar situado en el claustro de la Catedral, fué trasladada en diciembre de dicho año al que actualmente ocupa, junto a la puerta principal, una vez modelada de nuevo después de las destrucciones de 1936.

Por acuerdo municipal se elevó súplica a la Inmaculada el año 1651, quizá uno de los más difíciles y desgraciados que recuerda Barcelona. La Ciudad sufrió los estragos de la peste que ocasionó millares de víctimas, a la vez que sostenía una guerra, casi en la propia capital. Entregada a los franceses desde hacía diez años, en 1651 era atacada por las tropas de Felipe IV que, mandadas por don Juan de Austria, entraron un año después.

Es fácil imaginar y comprender lo que hubieron de padecer los Consellers y el Consejo de Cien-

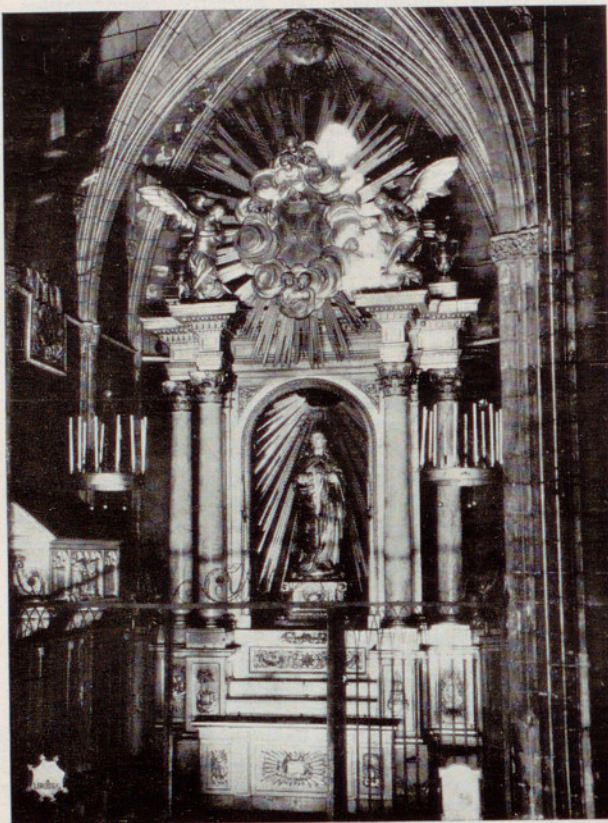


Imagen de la Inmaculada que se venera en la santa iglesia Catedral, modelada nuevamente después de las destrucciones de 1936.

to ante tantas desgracias y conflictos. Por eso acordaron aquéllos, en sesión de 17 de julio de 1651, acudir con el Consejo de Ciento a la Catedral para implorar de la Inmaculada Concepción que cesaran las calamidades y peligros. Era Conseller en Cap Jacinto Fábregas, que falleció víctima de la peste, y le sustituyó Francisco Vila, ciudadano; y entre los Consellers figuraban Francisco Mateu, médico, Juan Carreras, caballero, José Rubio, mercader, José Payssá, notario, Miguel Llargués, platero.

El 19 del mismo mes, en cumplimiento de lo acordado, reuniéronse los Consellers y el Consejo de Ciento en la Casa Consistorial y se dirigieron a la Catedral. La Corporación iba precedida por el "Capdeguayta", cargo similar al de Jefe de la Guardia municipal, que llevaba la vara de mando en la mano izquierda y en

la derecha una bandeja de plata con las llaves de las puertas de la Ciudad. Seguían los aguaciles y macecos, y a continuación los Consellers y todos los miembros del Consejo de Ciento, compuesto desde siempre por ciudadanos, militares, artistas y mercaderes.

Poco después de situarse la Corporación municipal en el altar de la Purísima llegó el Gobernador, que ocupó lugar preferente junto al Conseller en Cap. El Mariscal francés Felipe de la Motte Hondencourt, que era entonces Virrey de Cataluña, no asistió al acto y estuvo representado por el Gobernador. El oficio fué solemnísimo y todos los concurrentes recibieron la sagrada Comunión. En el Ofertorio, el Conseller en Cap ofreció a María Santísima, en nombre de la Ciudad, las llaves de las puertas de Barcelona y rogó a la Inmaculada que fuera su guardiana e impetrara de Dios Nuestro Señor la liberación de los males que aquejaban a la capital.

Consuela recordar que la peste tardó poco en desaparecer, aunque la guerra duró más y fué terrible. En octubre de 1652, don Juan de Austria, jefe de las tropas del rey de España don Felipe IV, tomó posesión del cargo de Virrey de Cataluña y cesó, por fortuna, el dominio francés.

EL NACIMIENTO DEL SEÑOR

EN LA

PINTURA MEDIEVAL



En el frontal de la iglesia de Santa María de Rigatell, la

Virgen aparece recostada en una especie de jergón.

por JUAN AINAUD DE LASARTE

ENTRE los múltiples aspectos bajo los cuales podríamos evocar el tema navideño a través de los Museos Municipales de Arte, acaso ninguno tan sugestivo como el de la rica y original iconografía de las pinturas medievales del Museo de Arte de Cataluña.

Desde un principio aparecen en la pintura románica los temas marianos. El más solemne es, desde luego, el de la la Majestad de la Virgen, concebida como tronco desde la cual reina y se manifiesta su divino Hijo. La grandeza de tal representación, vinculada a

la Epifanía, por lo menos, desde los tiempos constantinos en que se construyó la gran basílica de Belén, halla un eco magnífico en los ábsides de las iglesias de Santa María de Tahull y Santa María de Aneu. Al lado de tales manifestaciones gloriosas, la representación de la Natividad se nos presenta con carácter humilde y casi anecdótico subrayan-



En este otro frontal de Cardet, en el Pirineo leridano, puede observarse la misma característica.

do más bien la humanidad que la divinidad de Jesús. El tema se presta, además, a un mayor número de detalles anecdóticos que completan en mayor o menor grado el episodio.

En las representaciones más antiguas, como, por ejemplo, los frontales de Santa María de Rigatell (Betesa) y de Cardet, en el Pirineo leridano, la Virgen aparece recostada en una especie de jergón, de acuerdo con un tipo muy antiguo. No falta la figura de San José, que da un contrapunto popular a la escena, ni la pequeña figura del ángel que desciende de lo alto para adoctrinar al Santo Patriarca. La

figura de Jesús y los bustos del buey y la mula están reducidos a su expresión más sintética.

El gusto por la anécdota halla cumplida expansión en el frontal de Cardet con el episodio complementario de la Anunciación de los Pastores.



El brillo y la suntuosidad de esta Natividad pintada por el llamado Maestro de Aviá, son excepcionales.

Hacia el año 1200, nuestra pintura románica se enriquece con nuevas aportaciones italo-bizantinas de la que es máximo exponente la tercera Natividad que reproducimos pintada por el llamado Maestro de Aviá. El brillo y suntuosidad de su colorido son excepcionales, e imposible de apreciar en una reproducción en blanco y negro. La figura de la Virgen adquiere mayor movimiento, y aparece algo incorporada cuidando de su divino Hijo cuya figura presenta ya mayor importancia que en las versiones antes referidas.

El arte gótico mantiene en sus albores una clara vinculación res-

pecto a la tradición románica, pese a un mayor gusto por la representación del ambiente humano. Dentro de su primera etapa, en la modalidad llamada del gótico lineal, podemos presentar dos interesantes ejemplos. En uno, de origen no identificado, la Virgen aparece sentada y amamantando al Niño que sostiene en su regazo.

En el otro, procedente de Navarra, el espíritu tradicional se mantiene con mayor arraigo, aunque enmarcado por una suntuosa arquitectura gótica.

A mediados del siglo XIV predomina en Barcelona un nuevo estilo gótico creado en



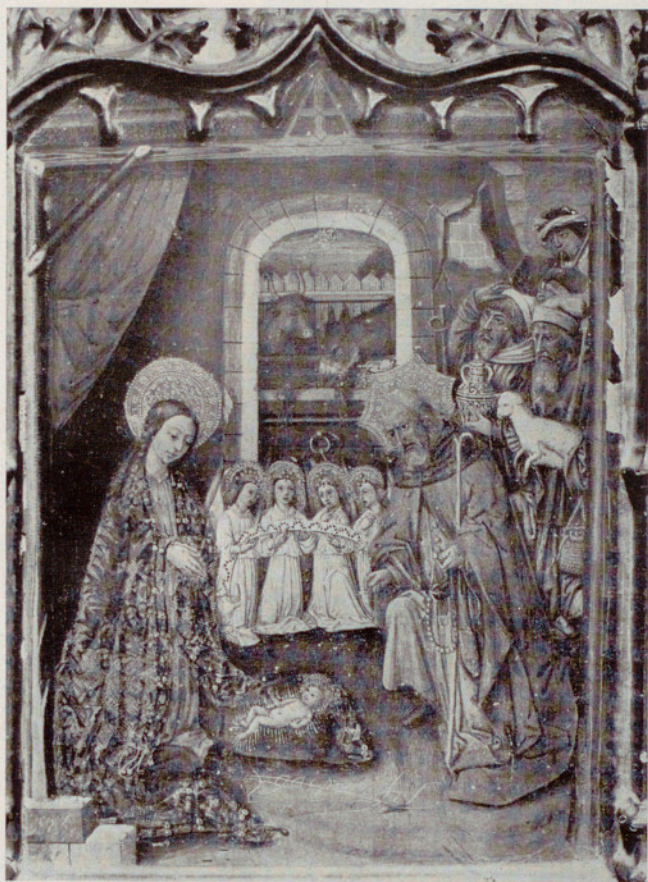
El arte gótico mantiene en sus albores una clara vinculación respecto a la tradición románica.



Este frontal, procedente de Navarra, conserva el espíritu tradicional, aunque enmarcado por una suntuosa arquitectura gótica.

la Corte del gran rey Pedro el Ceremonioso, mediante la adaptación e interpretación personal del nuevo arte gótico sienés.

Los hermanos Serra cuentan entre los más conocidos divulgadores de tal estilo, y a ellos se atribuye la Natividad que reproducimos, del gran retablo de la Virgen que el sanjuanista Fray Fontaner de Glera encargó para el monasterio de Sigüenza. La imagen radiante del Niño Dios, preside la escena, y recibe el devoto e íntimo homenaje de la Virgen, acompañada por las legendarias santas mujeres,



Vistosa representación de la Natividad que el artista valenciano J. Reixach pintó en la predela o banco de su retablo de la Epifanía.

de San José, de los pastores y también del buey y la mula. Todo ello en un ambiente de suave recogimiento enriquecido por el oro y la variada gama de matices del colorido.

Un siglo más tarde hallamos dos vistosas representaciones de la Natividad debidas al pincel de artistas valencianos.

En ambas la iconografía se inspira en el texto de las Revelaciones de Santa Brígida, por lo cual el Niño aparece desnudo, en el suelo, adorado por la Virgen y San José.

La presencia de pastores con ofrendas, án-

geles cantores y una variada decoración complementaria, parece demostrar también la influencia del teatro sacro tan popular en la época. La más antigua, de hacia 1470, es la de J. Reixach, en la predela o banco del retablo de la Epifanía pintado para Rubielos de Mora, de una vistosidad muy notable. Algo más tardía, aunque todavía dentro de la misma centuria es la última Navidad aquí reproducida, original del Maestro de Játiva. La fórmula y el espíritu son todavía medievales, pero la ausencia de fondos dorados, y, sobre todo, los celajes que le sirven de fondo, hacen ya presentir la proximidad del



Esta Natividad figura en el retablo de la Virgen que el sanjuanista Fray Montaner de Glera encargó a los hermanos Serra, divulgadores del nuevo arte gótico sienés.

La fórmula y el espíritu de esta Natividad del selecto artista que fué el Maestro de



*Játiva son medie-
vales, pero hacen
presentir ya la
proximidad del
Renacimiento.*

Renacimiento, que marcará una nueva etapa
en la secular interpretación
de la Natividad.

PERSPECTIVAS DE LA CIUDAD



**La tradicional feria de belenes de Santa Lucía, a la sombra
augusta de la Catedral.**

GRACIA Y
SENTIMIEN-
TO DE LAS

FELICITA-
CIONES NA-
VIDEÑAS

por A. PÉLAEZ

DE OJEDA



Felicitación original de Courtines. Siglo XIX

TODA la sublime y entrañable evocación del venturoso nacimiento del Niño Dios, durante ese ciclo íntimo y amable de las fiestas de Navidad, despierta siempre en el hombre los sentimientos más bellos y recónditos. Es algo así como si vistiese a su espíritu y a su psicología con la ropita limpia de un domingo inmaterial, pero cierto, en el hipotético calendario de su sensibilidad.

Tal es la ternura y el amor que emanan del hecho inmenso de la venida del Mesías y tan

adorables son los motivos y las circunstancias que la envuelven y la informan, que resulta imposible resistir a su hechizo.

Así será por los siglos de los siglos. Porque todos los cristianos vemos en la humilde familia de Nazareth el espejo y canon de nuestro propio y adorado hogar; y no es mucho que una vez al año queramos ejercer un poco alguna de sus virtudes. Por eso el hombre, en estas fechas de clara y luminosa espiritualidad, se siente menos sujeto a la tierra



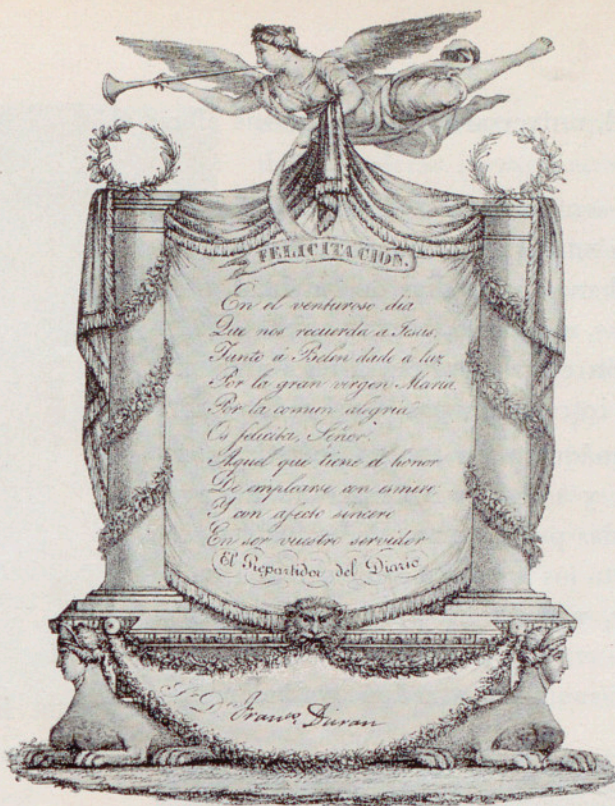
"Nacimiento del Señor". Reproducción de una pintura mural de Ferrer Bassa en el Monasterio de Pedralbes. Siglo XIV.

y, en su ilusoria in-
gravidad, ensaya emo-
cionado su nuevo
personaje que, duran-
te unos días — de ge-
neroso olvido para
toda crueldad —, va
a ser más bueno y más
cordial y hasta le va
a parecer que tam-
bién sus semejantes
son más cordiales y
más buenos.

Las Navidades vie-
nen a ser como una
tregua en la lucha
depiadada entre los
seres hermanos; y,
mientras dura, los
hombres se transfor-
man en otros hombres desconocidos capaces
de desear el bien de los demás.

Es como si nosotros también nacióramos
otra vez un poco y como si, en nuestra pobre
naturaleza, quisiéramos remendar torpemen-
te la gracia y la gloria que iluminan el pese-
bre de Belén. Uno de esos rayos de luz divina
nos inspira los votos por la felicidad ajena; y
de ahí arranca una de las más hermosas tra-
diciones de la conmemoración navideña.

La felicitación de Navidad y Año Nuevo es
ciertamente una práctica secular. Los abades



Ejemplar original del español Burés. Año 1833

de los monasterios —
en el ayer borroso
de la Edad Media —,
se dirigían ya recípro-
camente, al llegar la
Navidad, epístolas en
las que se expresaban
votos y parabienes y
lo mismo hacían otros
eclesiásticos. Tales
epístolas constituyen
la iniciación de una
costumbre que había
de trascender a las
gentes seglares y di-
fundirse a lo ancho y
a lo largo de todo el
mundo. Parece que
los que las escribían y
dibujaban eran ver-

daderos miniaturistas que conseguían auténti-
cas obras de arte, singularmente en la primo-
rosa decoración miniada de las iniciales, en
las que no es aventurado reconocer el lejano
origen de las actuales felicitaciones ilustra-
das.

Aunque Inglaterra, país tradicionalista por
naturaleza, implantó la costumbre y la conser-
vó, hasta el punto de que ha podido opinarse
que es un hábito de origen inglés, lo cierto es
que Italia y otras naciones la acogieron y cui-
daron esmeradamente porque, en definitiva,



“Visitando belenes”. — Grabado de un periódico barcelonés de 1877, utilizado para una felicitación.

siendo la causa universal, universales han de ser sus efectos y sus derivaciones.

En España, católica y sentimental, se desarrolló ampliamente. Durante los siglos XIII al XVI, los más insignes artistas medievales se dedicaban, en los días de Navidad, a la creación de estas obras que, más tarde, cuando apunta el XIX adquiere acusada difusión con la presencia en Barcelona de la máquina litográfica introducida por Brusi el impresor.

Brusi se trajo con la máquina un equipo de artistas extranjeros especializados, y todavía se conservan algunas de las felicitaciones creadas por Launay, Bodin, Courtines, Wigle y otros. Pero pronto los nombres catalanes de Burés, Gual, Fontanals, Febrer, y Serra emularon a aquéllos y empezó en Barcelona la era de las felicitaciones o "aguinaldos" de un recocó trasnochado que fué evolucionando



*Dibujo acquarelado de Florit.
Epoca actual*



*Aguatinta de Juste.
Epoca actual*

hacia un gótico, isabelino o de "chocolatería", según el mote agudo y popular.

La felicitación de Navidad atraviesa en Cataluña durante algún tiempo una marejada de adocenamiento, que adquiere alarmante corrupción artística al aparecer las reproducciones en color de cuadros, paisajes y caricaturas en forma de estampas o cromos.

Por fortuna surgen los grabadores en boj dignificando esta sugestiva faceta del arte con sus nobles interpretaciones de la encantadora y polifacética iconografía navideña, en la que sobresalieron artistas tan notables como Nogueira, evocador imponderable de la vida burguesa y popular de aquella Barcelona romántica y costumbrista.

No obstante, puede decirse que en nuestra patria toma la felicitación de Navidad rango y alicientes verdaderos cuando los artistas pintores, especialmente los acquarelistas, se



*Aguafuerte de Muntane.
Epoca actual*



*Acuarela de Mercedes Massot.
Epoca actual*

dedican a producir sus propias felicitaciones, creando verdaderas piezas únicas y originales.

Desde 1932 en adelante los grabadores y acuarelistas otorgan un arrollador impulso a esta emotiva costumbre y una belleza y dignidad artística inapreciable a estos graciosos y entrañables mensajes, expresivos de buenos augurios y sentimientos gratos.

La circunstancia de que fuera el papel instrumento de esta clase de epístolas, permitió que fuesen pintadas a la acuarela, adquiriendo así toda la gracia, fluidez y encanto característicos de este arte exquisito.

La temática habitual, que en su comienzo se reducía a motivos puramente decorativos en forma de orla que guarnecía y prestigiaba a la "décima", fué



*Guache de Grau Sala.
Epoca actual*

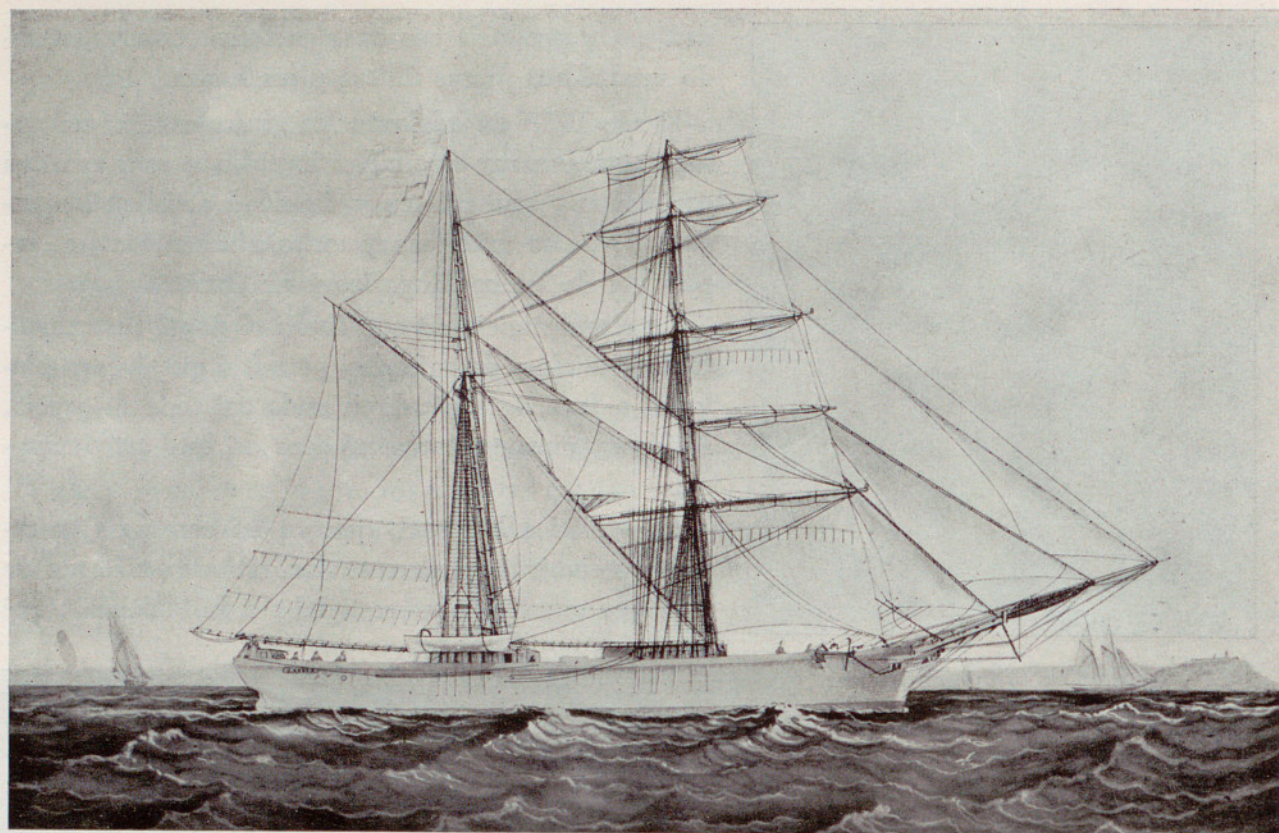


*Boj de Antonio Ollé Pinell.
Epoca actual*

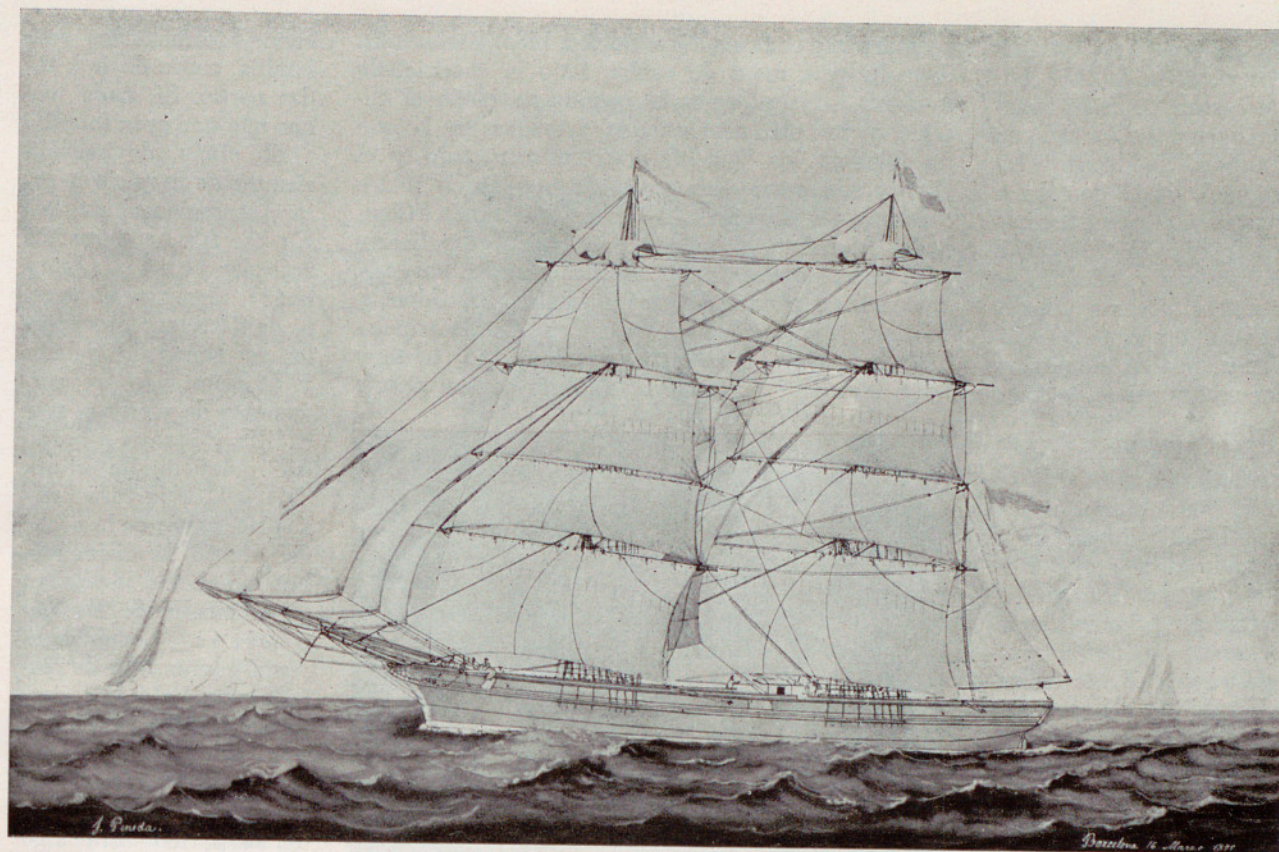
evolucionando, allá por el año ochocientos cincuenta y tantos, hacia la interpretación de escenas profanas y religiosas: aquéllas referidas a las escenas familiares o populares de la época, y éstas al rico y bellissimo anecdotario del nacimiento y la infancia del Niño Jesús.

Actualmente, la felicitación de Navidad tiene tal arraigo en el sentimiento hogareño y cristiano de las gentes y contribuye de tal manera a la emotiva inspiración de los artistas, que éstos llegan a conseguir pequeñas, pero verdaderas obras maestras de belleza insuperable.

No en balde se nutren de esa fuente maravillosa de amor y de poesía, que es el sublime advenimiento del Hijo de Dios a este atribulado mundo. Tal vez por eso son sus obras como el eco múltiple, hecho formas y colores, del himno litúrgico que canta gloria a Dios en las alturas y pide paz en la tierra para los hombres de buena voluntad.



VELEROS CATALANES OCHOCENTISTAS. — Polacra-goleta "Joven Adela", cuadro de J. Pineda (Colección J. Riviere)



VELEROS CATALANES OCHOCENTISTAS. — Bergantín-polacra "Camagüeyana", cuadro de J. Pineda (Colección J. Riviere)

NAVIDADES A BORDO

por JULIÁN AMICH BERT

EN la Edad Antigua e incluso durante la alta Edad Media, los marinos barceloneses — como los de otros países — pasaban la Nochebuena en sus respectivas casas. No se trata de un descubrimiento histórico, pues ya es sabido que en aquellos tiempos no se navegaba en invierno ni tampoco de noche y los marinos preferían, antes de anoecer, fondear en lugar abrigado, cosa casi siempre posible porque entonces se navegaba de punta a punta, es decir, "a longo de costa".

Pero cabe la posibilidad de haber sido los barceloneses los primeros en convertir al marino en un ser desgraciado sin otra solución que aguantar sobre la cubierta de un buque las heladas noches navideñas pensando en los suyos y en las tibias veladas familiares.

Esta calamidad debió ocurrir por vez primera por culpa de algún "mestre d'aixa" medieval con taller frente al surgidero barcelonés. Hay quien afirma también que se le inspiró esa idea la presencia de un buque bayonés del tipo llamado "coca", que había fondeado en Barcelona. Uno de los motivos principales que impedían navegar durante el invierno era la falta de estabilidad de las naves, debido a que el casco de éstas solía ser de unas características tan absurdas que muchas veces tenían más puntal que manga y si se sustentaban a flote en equilibrio inestable era por el mucho lastre que le ponían a bordo y porque las velas no eran izadas más que en popa.

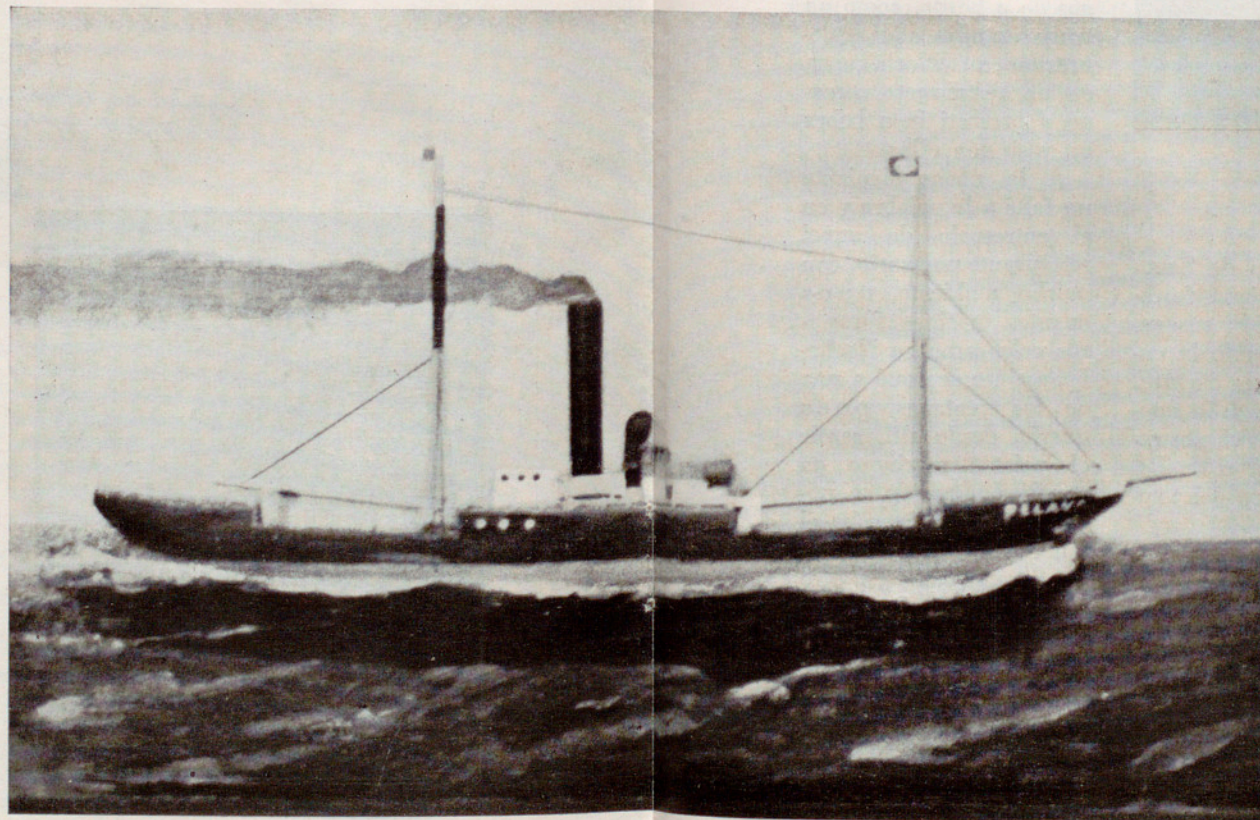
Por ese motivo, y otros que no hacen al caso, la navegación era un arte muy limitado hasta que aquel artesano de la marina barcelonesa inventó un nuevo módulo de construcción naval que, con la denominación de "fórmula catalana", marcó el principio de una época que dura hasta el mil ochocientos y que, por tanto, constituye, durante si-

glos, la base del transporte marítimo mundial. Pocos años después, según leemos en documentos del Instituto Histórico Municipal, comenzaban a arribar al puerto barcelonés, procedentes de Alejandría, buques catalanes que, a juzgar por su temprana fecha de regreso, habían pasado la Navidad lejos de nuestras costas.

Lo que ignoramos es dónde la pasaron y cómo fuera celebrada. Mas como pocas costumbres son tan tradicionales como las que se relacionan con la navegación y entonces la alimentación a bordo debía ser más horrenda que cuando fueron inventadas las conservas, lo más probable sería que, a semejanza de siglos después y a bordo de los veleros ochocentistas, la fiesta no se celebrase hasta la llegada a puerto, no solamente porque la disciplina del trabajo a bordo lo impide, sino también por que al llegar a puerto podían comprar alimentos frescos.

Hemos aludido a los veleros ochocentistas. Cuando zarparan de nuestro puerto llevaban provisión de turrónes, vinos generosos, pasta para sopa y los aliños para los asados del banquete que tendría lugar en el puerto americano en el que estuviesen fondeados el día de Navidad, asistiendo los invitados de nota que solían ser el cónsul, los representantes del buque y algunos de los comerciantes catalanes establecidos en la localidad, que no faltan en ninguna ciudad marítima del mundo. Aquellos festines, con turrónes hasta de Agramunt, las malvasias, los asados e incluso con algún guisado inventado por cocinero catalán y que ha llegado a incorporarse a la cocina internacional, son muy recordados en aquellas lejanas tierras.

Todo aquello pasó: Después — mejor dicho, casi simultáneamente — comenzaron los vapores barceloneses a hacer la carrera del norte, línea que se extinguió con la guerra



Modelo de artesanía marinera del vapor barcelonés "Pelajo", desaparecido, vidas y bienes, en el mar del Norte en la Navidad del año 1915

de 1914-18. Las Navidades a bordo de tales buques eran distintas, pues a un que celebradas en Londres, Hamburgo o Liverpool, ya se contaba a bordo con elementos para festejar la "Diada" a la catalana y, además, de nuestros turrone, vinos y licores, en aquellas ciudades podían adquirirse las aves y primeras materias.

Hay Navidades cuyo recuerdo no se pierde jamás, por circunstancias que la vida impone en el camino de los hombres. En los puertos extranjeros, los primeros síntomas de agitación surgían con evidente antelación: el día del sorteo de la lotería toda la tripulación hacía frecuentes altos en el trabajo cada vez que algún desconocido se acercaba a bordo. Todos deseábamos que fuera el portador del telegrama que nos trajera la felicidad. Por que a bordo de cada buque se juega en número y entonces no había radio y la sencilla T. S. H. era cosa exclusiva de los grandes trasatlánticos de lujo.

El día de Navidad por la mañana, los marineros y fogoneros mientras husmeaban sobre cubierta ante la puerta de la cocina los grandes preparativos, atendían la llegada del camarero para saber si el capitán estaba levantado y si permitía que bajasen a felicitarlo, por que había capitanes hueraños que aperentaban detestar las felicitaciones y, la mayoría de ellos, preferían recibir a la tripulación a los postres de la gran comida.

Todas las unidades de aquella compañía, de españolísimos nombres — "Alvarado", "Herrera", "Pizarro", "Bravo" — eran viejos barquitos de cámara a popa dentro del casco, iluminadas solamente por una lumbre en el techo y de paredes

aplafonadas con maderas nobles bien barnizadas. Ante la gran mesa de caoba, bajo la encristalada lumbre, celebrábamos la comida navideña el capitán y los oficiales; comida ortodoxa en la que no faltaban los "galets" como primer plato y el pavo asado como último y todo servido en platos y fuentes de "Cinco villas" en los que se leía "Compañía Marítima, Barcelona". Y cuando los licores y el recuerdo de otras navidades gozadas en casa, comenzaban a ponernos sentimentales, percibíamos, lejanos, cantos populares españoles. Era la tripulación que, a proa, bajo un cielo norteño, triste y bajo, teniendo por fondo el Támesis con su puente



Ex voto catalán de comienzos del siglo xv (Museo de Rotterdam)

y su torre o el Elba con el campanario de Santa Ana o Amberes con el fondo de su antigua fortaleza emergiendo entre bosques de mástiles, ensayaba sus canciones antes de recorrer cantando la cubierta hasta popa junto a la escalera de la cámara. Una vez allí, enmudecía el coro y el acordeón también. Entonces, nosotros, oíamos la voz del nostramo (generalmente alicantino, de la "Vila" o de Benidorm) quien alargando el cuello dentro del tambucho, preguntaba:

—Mos dóna el seu permís el senyor capità?

Descendían la escalera de caracol pisando fuerte con sus "choclos" sobre la alfombra a pesar de las furibundas miradas del mayordomo. Con sus corpachones de pecho abombado llenaban la cámara de techo bajo y algo curvo pintado de blanco y, de golpe, comenzaban a cantar.

No entendíamos la letra, pero era igual. A pesar de que nos asordaban con sus cánticos valencianos, vascos y gallegos, la música española, los vinos españoles, aquel barquito limpio bien pintado, con su bandera bien izada a popa, aquellos marineros a los que veíamos a través del humo de los ha-

banos, formábamos una familia, capaz de ir a todas partes. Sí, nada menos que una gran familia.

El oficio de marino siempre es propicio a catar sensaciones nuevas. Un año (ya no queremos recordar cual (¿para qué?) llegamos al puerto de Barcelona procedentes del banco del Sahara y transportando un cargamento de merluza, pescadilla y besugo a bordo del pesquero de altura "María", de la casa Freixas Hermanos en la noche del día 23 de diciembre. Los pesqueros atracaban en el muelle de los Depósitos Comerciales. Aquel cargamento de pescado que habíamos capturado a miles de kilómetros de distancia de Barcelona valía una fortuna dada la oportunidad de su arribo. Era algo maravilloso ver bajo la luz de los arcos las cascadas de oro y plata que salían de las heladas bodegas para que los barceloneses celebrasen bien sus navidades. Unos amigos de a bordo, como no tenían familia aquí, celebrarían su Nochebuena en un restaurante cercano y prometí ir a beber un vaso con ellos.

A la noche siguiente no falté a la palabra y en el entresuelo de aquel restaurante portuario, con mucho ambiente, unos cuantos marinos forasteros celebraron su Nochebuena. Me acerqué a una de las ventanas, pues quería, desde allí, sentir el paisaje marino en aquellas horas de la noche. La explanada y el muelle estaban a oscuras y en silencio y al otro lado de la dársena entre tinieblas, la sextuple y larga línea de luces paralelas siluetaban el "Reina Victoria Eugenia" y reflejaban en el agua. A bordo de aquel palacio flotante, la Trasatlántica celebrara una fiesta, una cena de Nochebuena. Otra nochebuena a bordo.

LA FERIA DE SANTO TOMÁS A ÚLTIMOS DE SIGLO

por JOAQUÍN CIERVO

La tradición vuelve cada año con las grandes solemnidades, y en el transcurso del tiempo los viejos recuerdos llegan a producir en nuestro ánimo verdadera nostalgia. La tradición y el costumbrismo laten en la entraña misma de las ciudades y viven en su espíritu, y perduran a pesar de las más intensas conmociones y de los más señalados acontecimientos.

La feria de Santo Tomás, en la víspera de la Natividad del Señor, tiene una auténtica solera de barcelonismo y vale la pena recordarla, situándonos a finales del pasado siglo, en que la Barcelona ochocentista se aprestaba a su celebración con todo el esplendor que requería tan señalada festividad.

En el antiguo paseo de la explanada, denominado paseo de la Industria, preparábanse grandes espacios para destinarlos al mercado de aves vivas que, además, se extendía por el paseo del Borne, y ambas vías rebosaban animación a la que aportaban unas brillantes notas decorativas las formas y el plumaje de la volatería.

Estos dos aspectos, el paseo en coche y la feria de los gallos, evocan el recuerdo de unas costumbres muy barcelonesas, llenas de carácter, que aún hoy conservan el perfume de la tradición. La feria de Santo Tomás duraba desde el día 21 de diciembre hasta el 23, es decir, tres días consecutivos, que se repartían entre adquirir aves y concurrir, por la tarde, al paseo de coches.

En las postrimerías del siglo XIX, el Parque municipal, el único de que disponían los barceloneses, brilló de una manera extraordinaria. La animación se la prestaban los carruajes de las familias aristocráticas, jinetes de la alta sociedad y la clase burguesa en coches, no todos de propiedad, pero sí muy bien presentados. El gentío llenaba la parte alta de los paseos del parque y, como queda indicado, la feria de volatería completaba la animación en aquel paraje, des-



La calle de Fernando, en la Barcelona ochocentista y por la Feria de Santo Tomás, lucía sus mejores galas.

de Santo Tomás hasta la víspera de la Natividad del Señor.

La afluencia de coches era tanta que se formaban grupos tan cerca unos de otros, que los ocupantes podían cambiar saludos de viva voz, y así hubo de iniciarse más de un flirteo... El desfile se iba haciendo lento, muy lento, pero permitían alardear de riqueza y de buen gusto porque eran muchos los propietarios de coches que para el paseo del día de Santo Tomás hacían confeccionar libreas nuevas para sus cocheros y lacayos, que, sentados en el pescante, lucían



además unos imponentes sombreros de copa con el distintivo de la casa noble donde prestaban sus servicios.

Por entre aquella aglomeración de carruajes circulaban unos caballeros montados en briosos corceles, llenos de impaciencia a causa de la lentitud excesiva del paseo, que les impedía acercarse a las damas de su predilección, que, por cierto, iban muy cargadas de adornos y joyas, manguitos y pieles.

Casi todos los hombres llevaban sombreros de copa alta, y, por excepción, se veían algunos de copa gris mate y bastantes hongos, y todos vestían chaqué, con corbata, plastrón y cuello de "pajarita".

Cuando la luz comenzaba a declinar, unos funcionarios municipales ordenaban el desfile de coches con unos toques de silbato, que eran a la vez una señal para que las bandas de música dejaran de tocar.

La puerta del Parque de la Ciudadela situada frente a la calle de la Princesa era el punto de partida del desfile que continuaba por la calle de Jaime I y plaza de San Jaime, para terminar en la calle de Fernando, y allí, junto a la Rambla, se daba por terminado.

Durante aquellas tres tardes, la calle de Fernando lucía sus mejores galas, realizadas por la vistosa exhibición, en los escaparates, de objetos y géneros de la mejor calidad. Notas brillantes de color y de luz, convertían aquella vía, la más elegante entonces de Barcelona, en un verdadero emporio de riqueza y de esplendor.

La feria de Santo Tomás constituía un acontecimiento para los barceloneses de últimos de siglo y sus preparativos daban vida a buen número de industriales y de comerciantes. El marco principal de aquella grandeza, de aquella exhibición de lujo y de vanidad, no podía ser otro que el antiguo Parque municipal en cuyo recinto había tenido lugar hacia poco la primera Exposición Universal de Barcelona.

UN MUNDO DE ENSUEÑO EN LA PLAZA DE LA CATEDRAL

por JOSÉ TARÍN-IGLESIAS



"Montañas, valles, ríos, bosques, rebaños, pastores, reyes..."

Las fiestas navideñas, con profusión de belenes, juguetes y dulces, tienen matices de entrañable poesía. Como decía hace años un barcelonés de prosapia, incluso los ángeles, para no ser menos en estas noches claras y frías de diciembre, ponen en el cielo una feria de estrellas.

De todas las tradiciones que envuelven y acarician el ambiente navideño, acaso sea la de más arraigo la pesebrista. La Ciudad Condal ha sido y continúa siendo indudablemente la meca de los pesebres. Junto a los venerables muros de nuestro primer templo, repleto de historia y de leyenda, se levanta durante dos

semanas un mundo de ensueño y de fantasía, en el que todo se armoniza y todo se transfigura.

La apacible calma que rodea esas callejuelas presididas por la mole catedralicia se turba de súbito y resuenan secos los golpes de martillo sobre los maderos que sostendrán ese mundo en miniatura, ante el cual no hay corazón que no se enterezca, ni rostro que no sonría.

Es una tradición pletórica de colorido y esmaltada de ingenuidad, que a todos nos atrae para marchar en comunidad espiritual, después de contemplar montañas, valles, ríos, bosques, rebaños, pastores, reyes..., hacia el portal del inefable misterio que, en expresión de nuestro gran Maragall, es su verdadera alma.

Son unas fechas de apreturas y empujones. Mesas y barracas interceptan el tránsito en las estrechas calles. El día de la Purísima, entre cánticos y músicas se inicia la temporada pesebrista. Los belenes irrumpen en el primer plano de la vida barcelonesa y la plaza de la Catedral se llena de casas de cartón, de ciudades y pueblos de corcho, de millares de figurillas que van desde la clásica samaritana al típico muchacho de la barretina. Todo

"Un mundo de ensueño y de fantasía, en el que todo se armoniza y se transfigura"

un mundo de inefable ilusión se llena de bullicio y de alegría infantil. El belén, manantial de ternura, es la expresión eminentemente infantil de las fiestas navideñas.

La feria de belenes de la plaza de la Catedral resulta un auténtico poema. Todo es idílico y puro. En ella puede adquirirse cuanto sea necesario para montar un perfecto belén; desde la figurilla, que vale escasamente una peseta, al pueblo de corcho o al nacimiento construido con pretensiones de gran artista, por el que piden quinientas. Todo se puede encontrar en la amplia y recoleta plaza, donde se alzan, como perennes vigías de la Cristiandad, las finas agujas de la Catedral basilica barcelonesa.

La mayoría de los pesebristas que concurren a esta feria son vendedores y fabricantes a la vez. Raramente hallaríamos otro caso análogo. La industria pesebrista, que tan bellas páginas ha inspirado a nuestro mejores poetas y prosistas, se concibe, se desarrolla y crece al calor del hogar. Durante todo el año, manos realmente prodigiosas van moldeando las figurillas o construyen las casas de cartón, que en las jornadas navideñas provocan el entusiasmo de los pequeñuelos.

¡Deliciosos puestos de musgo, de corcho o

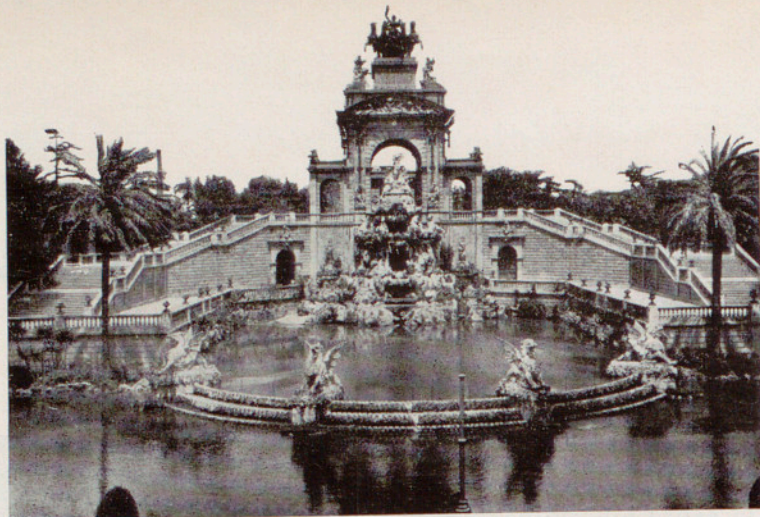


"La plaza de la Catedral, amplia y soleada, se llena de casas de cartón y de corcho..."

de figurillas de barro cocido...! Ante ellos todos nos sentimos un poco niños. Al anochecer los contornos de las paradas adquieren formas fantásticas y misteriosas... Es un mundo de ensueño, cuajado de guirnaldas y de luces multicolores que, por unos instantes, nos ofrecen una verdadera lección de amor y de ternura, eterna por ser del Redentor, pero siempre nueva para las generaciones que se suceden en este peregrinar de la vida donde el niño y el hombre invocamos el nacimiento de Jesús y esperamos de su infinita misericordia que cada año siga naciendo para que nos vuelva a redimir.



Parque.



Cascada.

LA ARQUITECTURA DE ANTONIO GAUDÍ (1852 - 1926)

por JUAN EDUARDO CIRLOT

LA arquitectura de Antonio Gaudí (1852-1878) surge en un momento de general desorientación, cuando se comienza a advertir que los retornos a los estilos históricos no pueden continuar indefinidamente. Tras el neoclásico, que había representado el intento de congelar y cristalizar la ya lejana aspiración renacentista, vino el neogótico y el neorenacimiento; los estudios de Historia del Arte y de Arqueología, fomentados por los descubrimientos importantísimos llevados a cabo en Egipto, Asia Menor y Oriente Medio; el presentimiento de la necesidad de encontrar formas inéditas, soluciones arquitectónicas nuevas, que no sólo afectaran a la inteligente distribución de las funciones y a la orgánica construcción del edificio, sino que principalmente dieran lugar a la eclosión de un nuevo estilo.

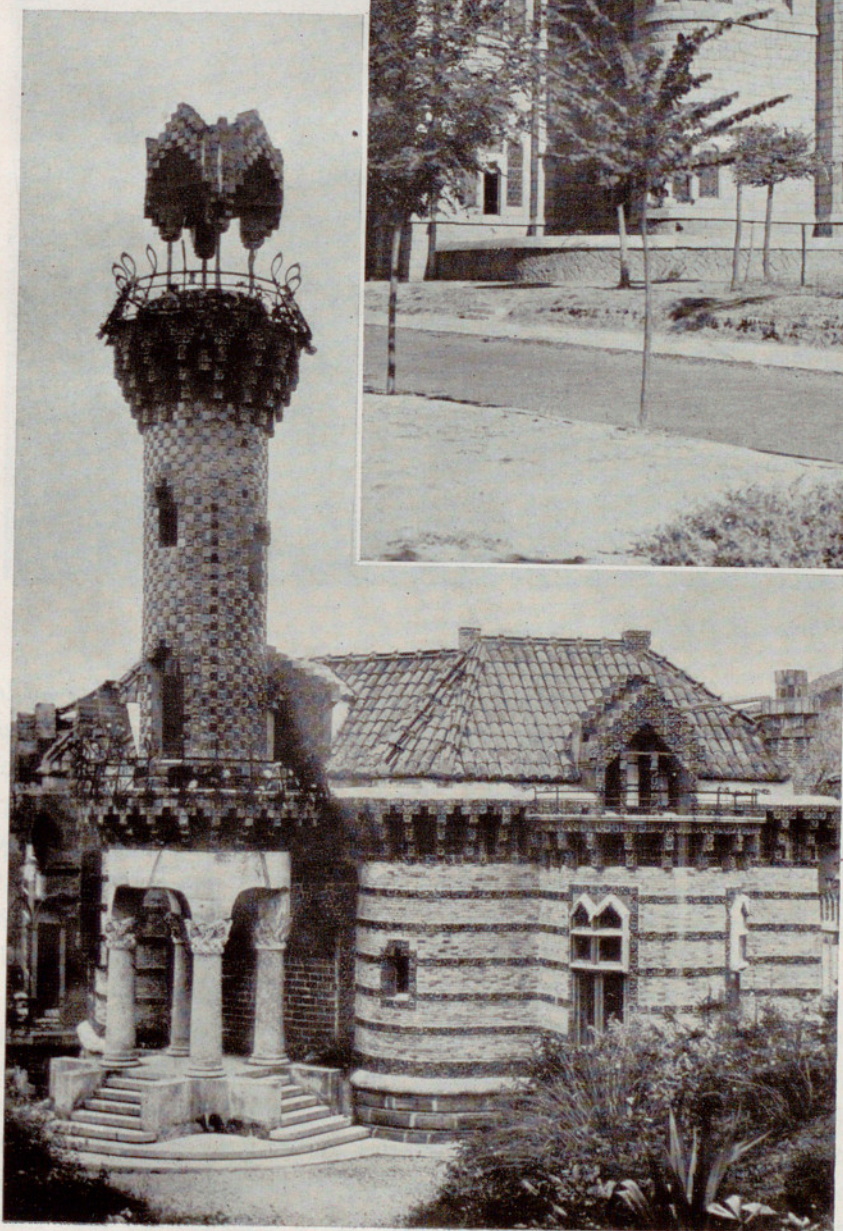
El orgulloso siglo XIX, que se dió a sí mismo el apelativo de "siglo del progreso", no podía carecer de un estilo que lo caracterizara ante las generaciones futuras, pero, sin embargo, el nacimiento de los elementos formales que hicieron posible ese surgimiento se hacía esperar. En la escultura y la pintura, tras el movimiento romántico, se había caído en el realismo naturalista, en la ambición fotográfica de copiar lo más fielmente a la naturaleza, pero en arquitectura no cabía tal cosa. La limitada capacidad del arte arquitectónico, moviéndose en el ámbito de las formas geométricas, tras producir el milagro gótico, había vuelto, como antes decíamos, a las

construcciones en que lo racional predomina. Este estado de cosas hubiera sido modificado sin duda por los arquitectos de la generación que trabajó en la última década del siglo XIX, como Víctor Horta y Guimard en primer término, como Frank Lloyd Wright poco después. Pero cupo el honor de ser un auténtico precursor de todo ello a Antonio Gaudí, y seguramente por causas raciales que nada tienen que ver con los caprichos del destino.

Efectivamente, en una publicación reciente dedicada a otro artista hispánico, Jean Cassou alude a "ese sentimiento demiúrgico que reina tan frecuentemente en el corazón de los españoles y les impele a convertirse en inventores". En Reus, lugar de nacimiento de Gaudí, había aparecido también la personalidad de Mariano Fortuny, cuya prematura muerte le impidió llegar a las más altas cimas de la creación inventiva. Importa que señalemos, por el momento, la atracción que Africa ejerció sobre estos dos hijos de esa ciudad tarraconense, acaso por motivos de origen ancestral, y que en el caso de Gaudí explica la fundamental variación que imprimió a la arquitectura y a las formas en dirección a lo africano, precediendo así a Pablo Picasso y su "período negro".

Antonio Gaudí era hijo de un calderero. Sus biógrafos no descuidan este hecho que pudo repercutir en su sensibilidad, tan amante del trabajo manual, del concepto de altísima devoción artesana y su aplicación a la creación artística. Tras unos años de oscuri-

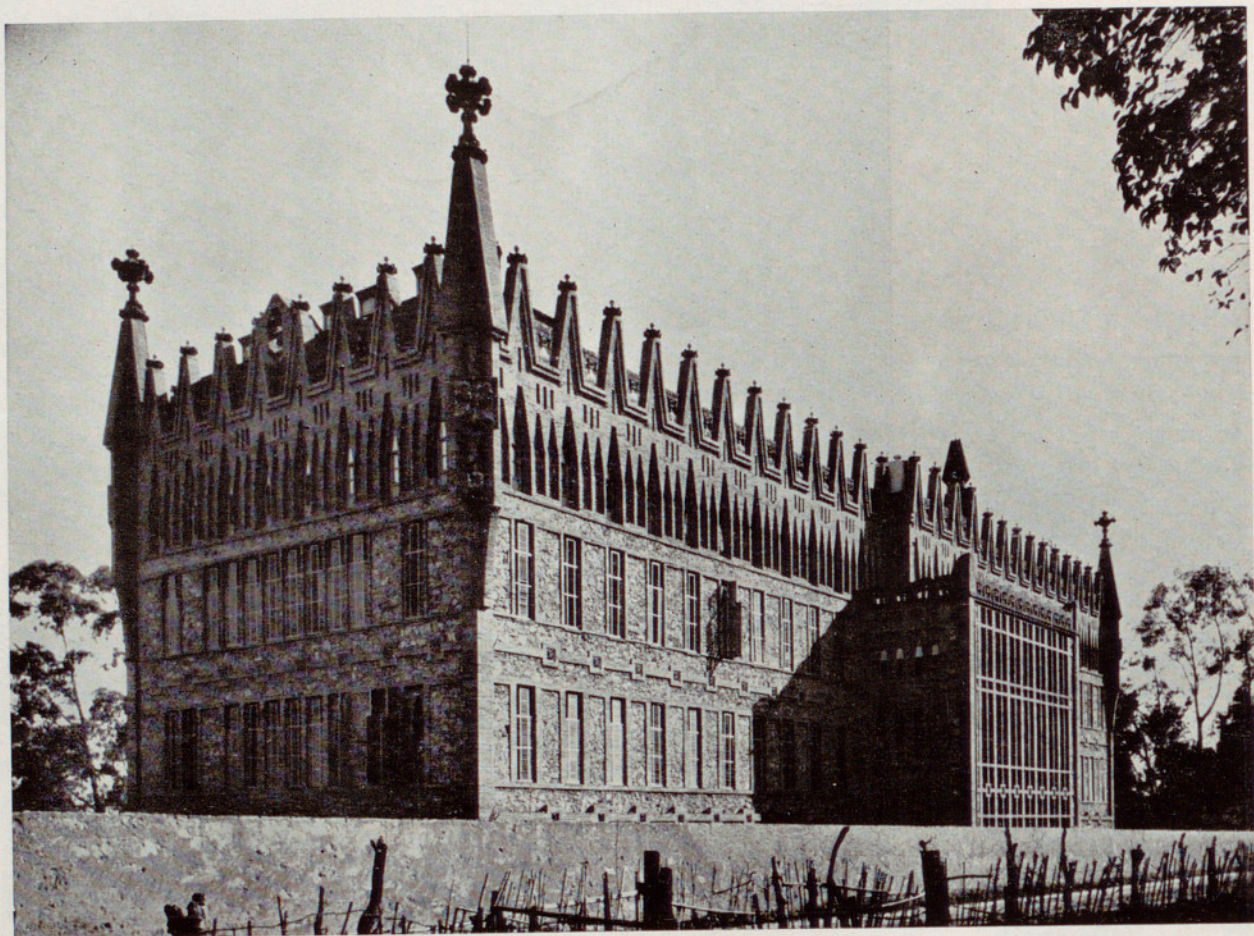
*Astorga (León). — Palacio
Episcopal.*



*Comillas (Santander). — Torre del
capricho.*

dad, encontramos a Gaudí en lucha contra sus estudios, posiblemente indignado contra la impersonalidad y la frialdad objetiva del Logos. Desde que su conciencia de arquitecto se afirma, en medio del ambiente premodernista, cuando los avanzados construían aplicando motivos extraídos de los repertorios arqueológicos, asirios, persas o romanos, y los más tradicionalistas persistían en diversas

con más fuerza esta necesidad fué Antonio Gaudí. Su preparación matemática se aliaba íntimamente con sus espirituales intuiciones formales y, así, progresivamente, su arquitectura fué avanzando hacia lo orgánico, lo desnudo, lo libre. Cierta modificación patética impedía que se tratara de una imitación de lo natural; era más bien un enlace intensísimo y pasional entre las figuras y estructuras



Barcelona. — Colegio de las Teresianas

versiones del neoclásico, su primer paso fué comprender la total precisión de una arquitectura nueva, concebida no sólo desde un punto de vista racional y utilitario, sino como poderosa expresión de un tiempo.

El interés por la naturaleza de la generación de artistas de la segunda mitad del siglo XIX había derivado hacia una comprensión más profunda de la unidad entre los mundos visibles e invisibles, los de las formas naturales y los de las formas simbólicas y expresivas; por esto, la salida del realismo fué una mezcla de simbolismo y expresionismo que perduró durante los primeros lustros del siglo XX. Uno de los artistas que sintieron

estudiadas en la naturaleza: morfología de los minerales, de las plantas, de los animales y microorganismos, y de las aspiraciones inconcretas pero poderosas del *pathos* interior. No se puede olvidar que la Morfología, como ciencia, nació precisamente en la época que denominóse a sí misma "modernismo", a causa de su vocación por lo temporal y de su fanático orgullo de culminación cultural.

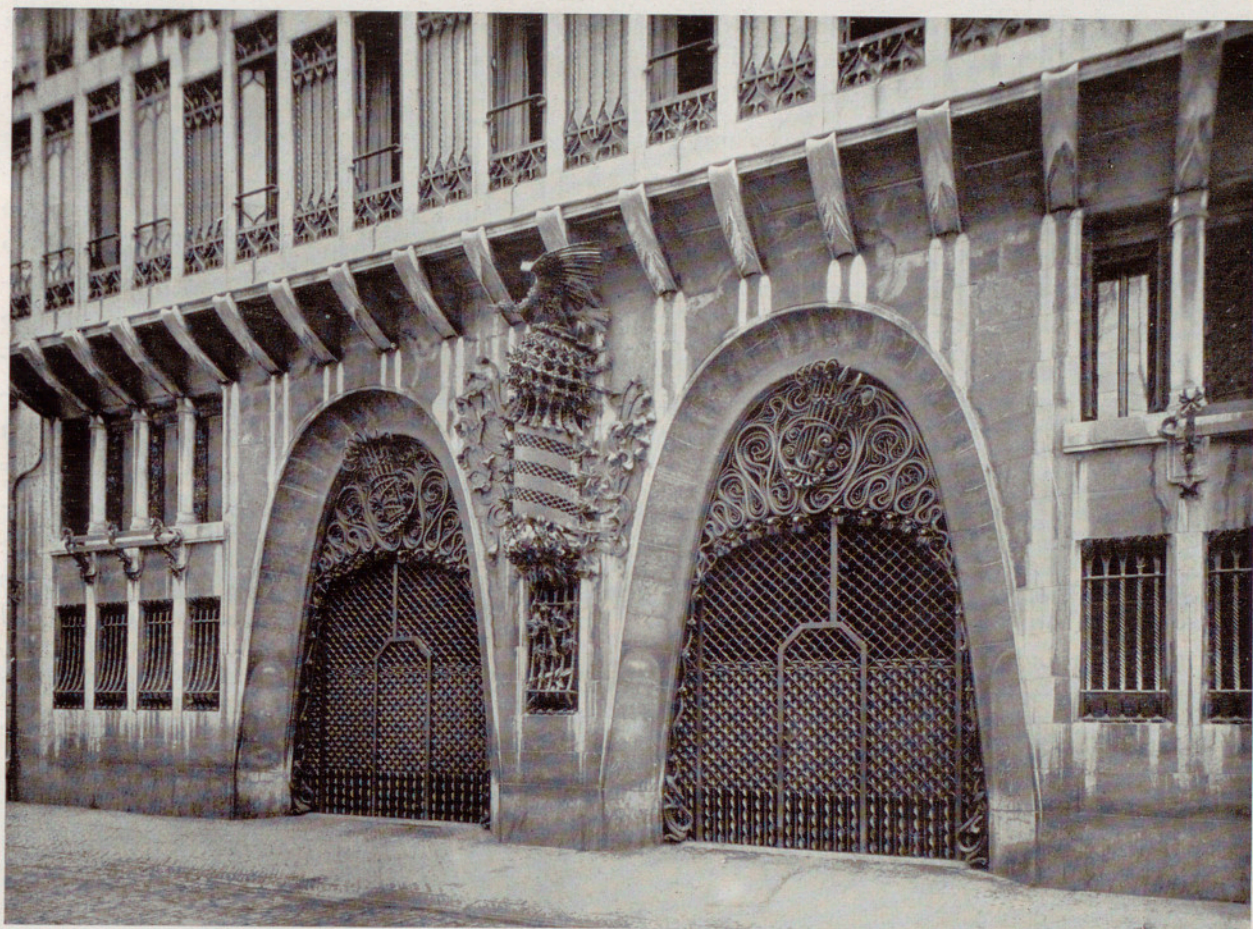
En la arquitectura de Gaudí se produjo una evolución que le condujo desde las formas aprobadas o dictadas por el ambiente hasta las que nacían de su imperativo interior. Un amor fracasado, impulsos de fraternidad universal, cierto anarquismo más inte-

lectual que político, el combate contra el Ángel sobre todo, es decir, la lucha contra una religión — la de Cristo — que debía consolarle y avasallarle durante la mayor parte y la madurez de su vida: la tremenda inquietud que debió presidir su génesis y el valor de realizarlas y clavarlas en el corazón de una ciudad.

Antonio Gaudí es por ello el primer artista

estructuras gaudianas vemos los ángulos agudos del cubismo, los ovoides de la escultura que va de esta tendencia al surrealismo, con Brancusi, Hans Arp y las características aportaciones ulteriores.

En 1878 Gaudí daba cima a su casa Vicens, en la que revalorizaba la aplicación de distintos materiales: hierro, vidrio, azulejos, y en la que la fuerza formal no surge aún en todo



Barcelona. — Casa Güell

subversivo del siglo XX y actúa ya desde el tercero o cuarto lustro anteriores al 1900. Un examen detenido de sus obras permite apreciar la justeza y finura de su fibra de técnico, pero la simple presencia y contemplación sume en el pasmo por la violencia de las formas, la agresiva simbolización que en ellas se esconde o se delata, así como por la vecindad de tales estructuras con los hallazgos más geniales y representativos del arte contemporáneo. El citado Pablo Picasso (1881), cuya primera juventud transcurrió en la Barcelona modernista, trasvasó a París la furia y las ansias de renovación total que sacudían el ambiente barcelonés finisecular. En las es-

su esplendor. Sin embargo, ya se advierten en ella factores mudéjares que señalan inequívocamente hacia qué clima se inclinaba la inspiración de Gaudí. Tras su colaboración en la obra de la Cascada del Parque de la Ciudadela, la casa denominada “El Capri-cho”, en Comillas, y la casa Güell, en la calle del Conde del Asalto, de Barcelona, en la que aparecen ya las “catenarias”, curvas características de su arte, y en la que el modernismo adquiere un matiz netamente expresionista, de rudeza inquietante, primitivismo y refinamiento conjugados, Gaudí parte hacia Castilla. Entre 1887 y 1893 se ocupa en dirigir las obras del Palacio Episcopal de Astorga, con

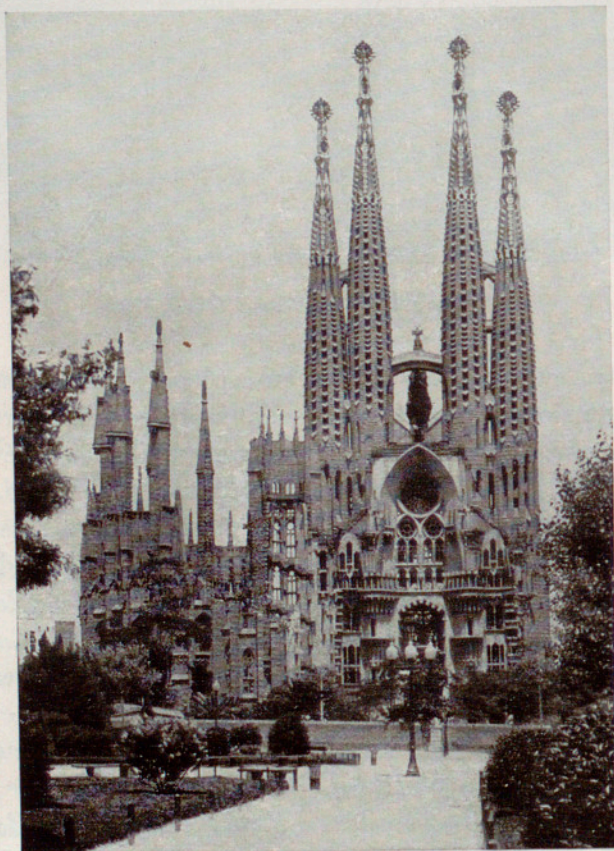
cierto influjo gótico que también se advierte en el convento de ladrillo y mampostería de las Teresas de la Bonanova (1889-1894). En todas esas obras prosigue introduciendo la riqueza de las artes aplicadas, lo que se traduce en una gran variedad de color y de posibilidades expresivas. Entonces principian sus edificios a tener ese matiz escultórico, a delatar la aspiración máxima de Gaudí, la de modelar, como si de barro se tratara, sus edificios, haciendo de ellos, antes que "máquinas para habitar", monumentos de su propio sentimiento.

En 1892 se produce uno de esos cambios que determinan el avance de un artista hacia el cumplimiento de su destino. En ese año elabora su proyecto para el edificio de las Misiones Franciscanas de Tánger, obra que ofrece un conjunto estructural que preconiza el de la Sagrada Familia, por el prevalecimiento superior de los conos o husos, esas irracionales concreciones de una incontenible necesidad de taladrar el espacio para acercarse a Dios. De entonces seguramente datará su conversión más profunda y definitiva: su vocación de "servir a un señor que no se le puede morir". Y con ello viene el renunciamiento a toda felicidad terrena, a toda ambición de gloria, de popularidad, de honores

y de riqueza, aunque ello no presupone, antes al contrario, el abandono de las posiciones de lucha contra los adversarios envidiosos del don de la genialidad. La fama de extravagante, que él hubo de saber merecida, le perjudicó relativamente en vida, pues nunca fué asequible al desaliento y contaba con la protección de los poderes que le permitiría realizar su vasta obra.

En el proyecto antes aludido vemos que, sobre un gran edificio que recuerda el estilo preislámico, se levantan bruscos y solemnes una serie de husos. Hemos de referirnos en este momento a un aspecto que no vacilamos en denominar la "capacidad profética" de Gaudí, pues es el caso que, veinticinco años después, el antropólogo y africanista Leo Frobenius ha publicado documentos fotográficos de las mezquitas de Kreis Següela y Togo septentrional, también basadas en las estructuras cónicas como factor simbólico dominante, y cuya contextura general se acerca de modo impresionante a las obras gaudianas por su palpitante temblor, su forma ondulada y erizada. El mismo Frobenius nos informa de que los conjuntos de conos tienen un significado simbólico relacionado con el

mito del "centro" y de la boda ritual del Dios del Cielo con la diosa de la Tierra.



Sagrada Familia

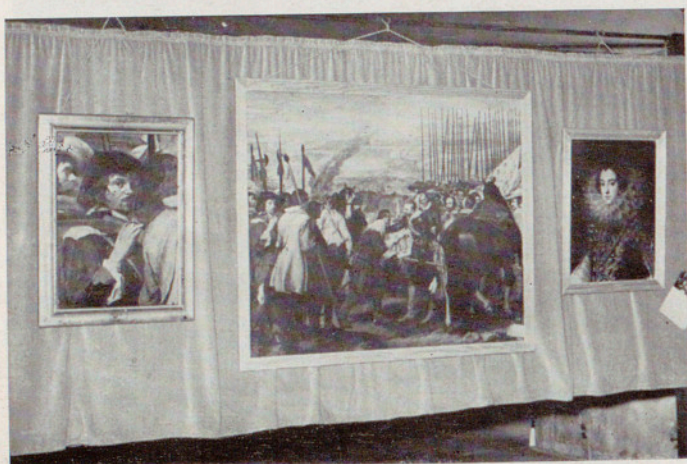
Actualidades gráficas



El Alcalde, señor Simarro, firma el convenio de municipalización de los transportes urbanos



El prelado en el reparto de premios de la Sociedad de Amigos del País. Arriba, a la izquierda: La guardia urbana entrega un donativo al Asilo de San Juan de Dios.



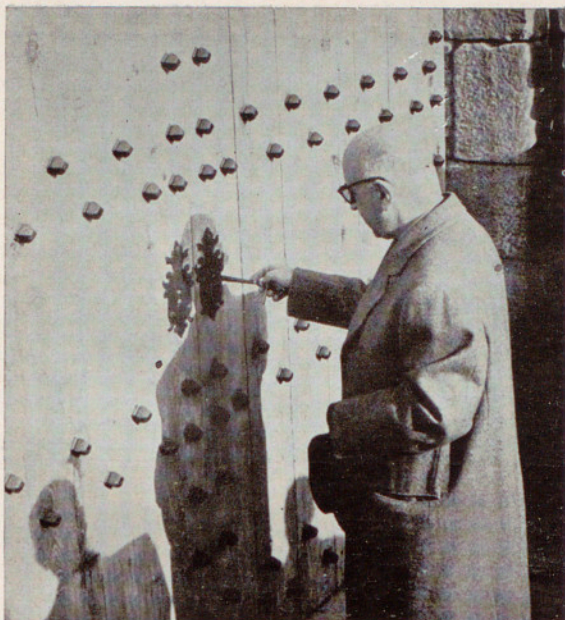
En el salón de exposiciones del antiguo hospital de la Santa Cruz se celebró el acto de la



inauguración de la exposición de arte 1954, presidido por las autoridades municipales



La inauguración de la exposición de belenes y de bibliografía Verdaguariana se celebró con toda solemnidad.



El Alcalde señor Simarro inaugura la restauración de la parte que se conserva de las antiguas murallas de Atarazanas. Arriba, a la derecha: Un aspecto de la concurrencia.



Como en años anteriores, el Gobernador Civil, señor Acedo Colunga, y el Alcalde, don Antonio

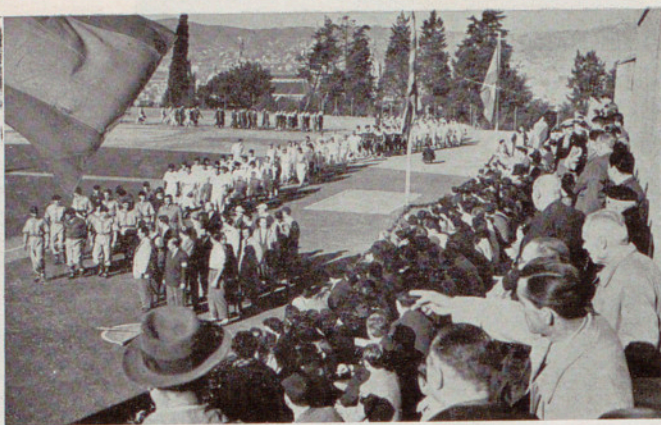
M.^a Simarro efectuaron la visita a los mercados, en la víspera de Navidad, en la Nochebuena.



El Teniente de Alcalde don Juan Torra Balari, en la inauguración de los nuevos almacenes de ornamentación y festivales.



El Ministro de Información y Turismo acompañado del Director General de Prensa, del señor Alcalde y otras personalidades asiste a la entrega de una placa a la viuda e hijos de Pérez de Rozas.



La inauguración de un campo de pelota base en el parque de Montjuich, fué presidida por el Teniente de Alcalde Delegado de Deportes, señor Pena Cardenal.



Las autoridades barcelonesas asistieron a los solemnes actos religiosos de la festividad de Ntra. Sra. de Loreto, patrona del Ejército del Aire.



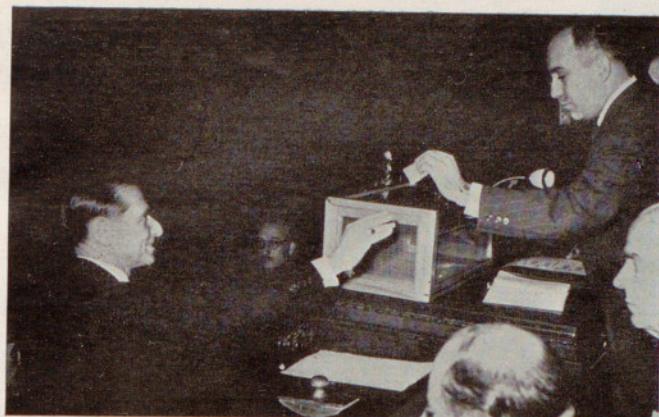
El Teniente de Alcalde, señor Torras Ventosa visita la exposición del Libro infantil, celebrada este año con gran éxito.



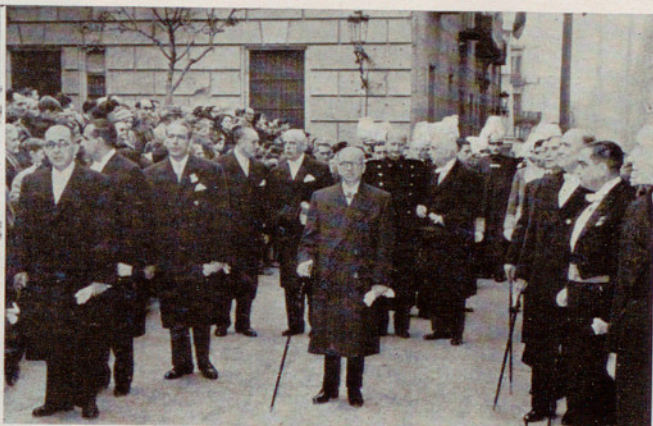
Almuerzo ofrecido por la Prensa al Teniente de Alcalde, don Juan Torra-Balari como despedida por concluir el plazo de su mandato.



Solemne apertura del curso académico en el Ateneo Barcelonés, que fué presidida por nuestras primeras autoridades.



En el salón de la Reina Regente se efectuaron las elecciones correspondientes al tercio de entidades profesionales, culturales y económicas



En el salón de Ciento se celebró el acto de reparto de premios de la Sociedad Económica de Amigos del País.

El Alcalde accidental don Alfredo de Casanova al frente de la Corporación municipal asistió a la procesión solemne del día de la Inmaculada.



El Teniente de Alcalde Delegado de Obras Públicas, don Antonino Segón Gay estuvo en la Sala de Periodistas para agradecer a los reporteros municipales la felicitación que le dirigieron con motivo de su reelección.



Visita al Alcalde señor Simarro del comandante y jefes de la flotilla de destructores de la VI Flota de los Estados Unidos.



La Corporación municipal en pleno felicitó al Alcalde don Antonio M.^a Simarro, con motivo de las fiestas de la Natividad del Señor.



El Secretario General del Ayuntamiento señor Bermejo y Gironés, representando a todo el personal, felicita las Navidades al Alcalde, don Antonio M.^a Simarro y Puig.



El presidente de Vespa Club, señor Navarro Sedó, efectúa la entrega simbólica de un obsequio a los guardias urbanos con motivo de las fiestas navideñas.

Los periodistas encargados de la información municipal felicitan al Alcalde don Antonio M.^a Simarro.

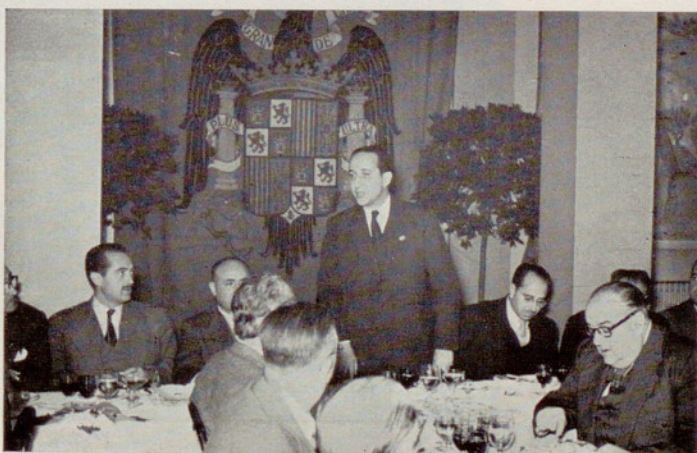


El Teniente de Alcalde señor Torra-Balari es felicitado por los periodistas con motivo de las Navidades.



El Ministro de Información y Turismo clausura el Consejo Nacional y Regional de Prensa en el Salón de Ciento

El Excmo. Ayuntamiento ofreció una comida a los participantes en el Consejo Nacional y Regional de Prensa



LAS TUNAS UNIVERSITARIAS VISITAN LA CASA DE LA CIUDAD



Córdoba



Murcia



Valencia

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
<i>Las Navidades del rey Jaime I, por AGUSTÍN DURÁN Y SAN- PERE</i>	1
<i>Navidad en Barcelona, por FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS</i>	4
<i>Fiestas navideñas, por MANUEL RIBÉ</i>	6
<i>El Nacimiento del Señor en la pintura medieval, por JUAN AINAUD DE LASARTE</i>	7
<i>Perspectivas de la Ciudad</i>	13
<i>Gracia y sentimiento de las felicitaciones navideñas, por A. PÉLAEZ DE OJEDA</i>	14
<i>Navidades a bordo, por JULIÁN AMICH BERT</i>	18
<i>La feria de Santo Tomás a últimos de siglo, por JOAQUÍN CIERVO</i>	21
<i>Un mundo de ensueño en la plaza de la Catedral, por JOSÉ TARÍN-IGLESIAS</i>	22
<i>La arquitectura de Antonio Gaudí, por JUAN EDUARDO CIRLOT</i>	24
<i>Actualidades gráficas</i>	29

Fotos: Valls, Mas, Domínguez y Pérez de Rozas.

Precio: 10 ptas.

C. A. G. S. A.
Talleres Gráficos Rex
Av. José Antonio, 719
BARCELONA